



III
Evocaciones



En una tarde de abril

María Teresa Arellano Madrazo vda. de Rodríguez †

Deseo comenzar mi breve aportación agradeciendo con todo cariño a Juan “Juanín” Pérez Talamantes y a sus encantadoras hermanas por la invitación que me han hecho al pedirme compartir vivencias y recuerdos sobre su padre, en este libro que tan merecidamente compilará mucho de lo que ha sido el Doctor Alfonso Pérez Romo para Aguascalientes y para todos los que lo conocimos. Y es que Alfonso fue un hombre importantísimo para Aguascalientes en su desarrollo cultural y académico; todos sus hechos, su siempre inagotable e incansable disposición para ayudar a las causas benéficas nos hablan de un hombre excepcional. Recuerdo cuando estuvieron mi mamá, “Minita” Madrazo de Arellano, y Rafael Rodríguez, mi esposo, al frente

de la Cruz Roja. Él siempre estuvo dispuesto a ayudar para enriquecer y abastecer la institución. Su brillante gestión en el Hospital Hidalgo y en el transcurso de la formación y solidificación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, más muchos otros proyectos y aportaciones importantes, forman ya parte de la rica historia de nuestro estado. A su partida, dejó una universidad digna de cualquier patrimonio cultural que se precie de atesorar dicha herencia, propia del pasado de su comunidad y que, en su trascender hasta los tiempos presentes, logra ser transmitida a las generaciones futuras.

Fue un hombre muy culto, gran lector, gran conversador, gran amigo. Recuerdo una cálida mañana que nos recibió a mi hija, María Teresa, y a mí en su casa, en donde la charla fluyó por distintos senderos para terminar en España, porque era un apasionado de la historia de ese gran país; concretamente, Granada, y en Granada, la Alhambra. Nos dijo estar maravillado por la lectura de un libro muy interesante que recién le habían obsequiado, titulado *Leer la Alhambra*, de José Miguel Puerta Vilchez, una profunda investigación para poder leer el monumento a través de sus inscripciones y epígrafes. Cuando tuve la oportunidad de regresar a Granada, después de adquirir y leer el libro, la Alhambra era ya otra a mis ojos. Es como si en aquella amena charla me hubiese entregado también las llaves de tan magnífico lugar. Alfonso era así, generoso con sus amigos.

Y es que era un hombre profundamente sensible a todas las artes, enamorado y amante de la belleza en todas sus formas; como diría el filósofo suizo Henri-Frédéric Amiel: “un espíritu cultivado”, o sea, aquel que puede mirar las cosas desde muchos puntos de vista. No es de extrañar, pues, que tuviera una gran sensibilidad, también, para entender la más profunda esencia de la tauromaquia, además de ser gran conocedor y aficionado de cepa de la Fiesta. Vayan mi recuerdo y cariño hacia él, refiriendo la siguiente anécdota.

No hace mucho tiempo, Alfonso me llamó para invitarme a una corrida de toros durante la Feria Nacional de

San Marcos. Con mucho gusto asistí y tomamos asiento en su cómodo palco, en sus barreras, que es justamente arriba del burladero de matadores. Como yo estoy acostumbrada, siempre he estado sentada en la plaza junto a gente que sabe y entiende de toros, por eso no me extrañó que Alfonso no hablara, que no nos pusiéramos a platicar; nos quedamos en silencio, atentos a que se abriera la puerta de cuadrillas.

Parten plaza, da inicio la corrida, toorean los alternantes y cuando lidia uno de los acartelados, español, logra hacer una faena que nos pareció, a Alfonso y a mí, novedosa, emotiva y llena de arte, una faena de aquellas que transmutan el espacio para apoderarse del instante. Aplaudimos, nos sentamos y cuando regresó el matador al callejón, quisimos felicitarlo por la faena que había consumado y en la cual había cortado orejas. Cuando lo buscamos para felicitarlo, Alfonso le dijo nada más “gracias”, un gracias profundo y lento de esos que tocan el alma y recorren la piel. Entonces vimos que este muchacho estaba llorando como un niño; llorando que no podía contenerse, profundamente emocionado, pues sabía lo que había logrado. Yo volteé a mirar a Alfonso y me di cuenta que se le habían arrasado los ojos y a mí también. Al matador le conmovió mucho que le agradeciéramos por la faena. Aquélla fue una hermosa tarde de toros en una gratísima compañía. Gracias, Alfonso.

Marzo de 2024

